

el organillo

Walter J. Mucher

Lentamente el organillero muele melodías infantiles y picarescas en la noche. Suaves y subyacentes permutaciones nocturnas, las metálicas melodías revoloteaban con el rocío. No son de gran magnitud. Repetitivas. Pero cada una logra una diferencia; su velocidad, su dulzura, un tintineo de esencia metálica creada por giros de una manigueta inoperable. En la esquina, con sonrisa impenetrable y bigotes reptilosos, el organillero trama su fechoría, silencioso, espectral, deseoso de fabricar penurias de un sueño infernal.

Un payásico mico lo acompaña en su leve travesura con vasija en sus garras, en espera de la ofrenda rendida por los tripulantes de la noche. Saltos y piruetas sobre lisos adoquines el mico encarnaba sigilosamente mohosas sonatas y viejos recuerdos que surgían de la caja de ilusión.

Y la maquinaria es un milagro. Ejes y péndulos. Maderillos y latoncillos. Todos revolviendo en síncope de la manigueta, todos orbitando el oscuro centro del universo, de lo desconocido. Porque giran y revolotean y circulan en elípticas sobre la magia del ser. La maquinaria rodea un centro desconocido al placer. Fieles servidores voltean y truenan sin preguntar su orden, sin dialogar con la fuente de fuerza. Sólo el organillero pretende entender la causa final de su objeto selecto. Sólo una oscura e impenetrable membrana comunica intenciones en furtivos momentos.

Una noche, el organillero procuraba rendir su pleitesía a las musas ilegítimas del amor. Con triste y cortada voz, entonaba una saliente melodía de dolor e inescapable sobriedad. Su mico saltaba y piruleaba fuera de ritmo y cadencia saludando energéticamente a las damas que concurrían la noche. Su canción era triste y acongojada, sonora realización de la inoportuna realidad de la noche. No había ofrenda para la musa. Y menos plegarias para las criaturas nocturnas. Sólo permanecía el agrio de la pasada tarde. De una pasada madrugada.

El tintineo de las metálicas planchas engendraba una desarmoniosa cacofonía de singularidades. Dislocadas, injustas, sin saborear las pautas de una musa desenfrenada. Y a su alrededor crecía el retumbante salpiqueo de las gotas sobre los adoquines de las calles.

Y la noche oscureció.

El organillero entendió que esa noche rendiría su pleitesía. Y el mico olvidó saludar a la dama, al caballo que rodeaba la esquina. El mico olvidaba la vida estremecido por profecías de lo que habría de transcurrir esa noche.

La noche tornó fría. Y levantó un viento en la laberíntica ciudad rastreando tras la nebulosidad de la noche un momento que engendrara el valor.

Ferocidades aclamaban sus elogios a las tinieblas. El frío apretaba contra la húmeda ropa del organillero mientras volteaba la manigueta que producía una espeluznante tonada del fondo de la caja.

El mico recogió su tazón y emplea un nuevo danzón de titubeos y saltos jamás vistos por ser humano. Un baile frenético de puro tantalio su copa tornagrís refleja un nuevo color descolorado de pavorreal. Sinuosos giros y tambaleos resuelven piruetas de espadachín y galantería. ¡Ah! que hermosa simetría traza el mico al ritmo de la cacofonía soterrada proveniente del organillo.

Mientras tanto, el organillero observa, mide, canta y toma decisiones. Esta no. Esa tal vez. Hasta que se percata de ella, atrás, casi en la periferia, recatada pero intrigada por los extraños sobresaltos del mico y la inocua tenebrosidad de la tonada.

De reojo ella mira a su alrededor temerosa y deleitada a su vez por tales desconciertos. Y siente una extraña euforia ante la escapable realidad de presenciar un riesgo, un peligro en proceso.

Nerviosa, ella echa un vistazo fugaz hacia el organillero y se conforta con creer que no la ha divisado.

El mico comienza a adentrarse al grupo asustando y cucando a los espectadores. A algunos les entrega un botón a otros un maní. Los espectadores se ríen y le dan una moneda en retribución. Risas y gritos de júbilo y sorpresa se elevan en la noche. Murmullos de curiosidad y pueril cinismos son intercambiados entre parejas y desconocidos.

Y ella se relaja uniéndose a la festividad.

El mico, en su acto picaresco, se adentra hasta llegar donde ella. De su chalequito de colores chillosos, el mico saca una joya, y entre salto y pirueta, se la entrega a la damita con todo júbilo y regocijo. Ella, sin observar el obsequio, se ríe de maravilla y le da una moneda al mico. El mico levanta su sombrerito frenéticamente en forma de saludo, y se va, continuando su alocado bailar. El organillero sonrió en su ferviente estado de cansancio. Ya todo estaba preparado para esa noche.

El organillero toma nuevo furor en su oficio. Y con cada vuelta de la manigueta se redobra el ritmo surreptil de la tonada.

El mico continuaba su ronda entre la multitud. Lentamente el organillero brillaba con nuevo aura inconspicuo a los demás. Un leve calor emanaba de la mano de la muchacha. Abriendo su mano ella observó la traslúcida joya que pulsaba al ritmo del organillo. Lentamente ella era hipnotizada por la luminosidad de la joya. Y con ella, se encontraba atraída hacia la caja del organillero.

Con cada nota, con el sobresalto de cada ritmo, los aglomerados bailaban en unisón débiles ante el hechizo del organillero. Y poco a poco ella se adentraba impulsada por la resonancia de la joya con la cajita negra dentro de la maquinaria.

El organillo aceleraba su paso y los siervos redoblaban su frenesí bucólico. Y, sin mucho pensar, le habrían el paso a ella en su traveso hacia el centro, empuñando fuertemente la cristalina joya cerca del corazón. Un helado viento arropaba a todos. Pero la damacilla sentía rodearla un calor, cubriéndola de la intemperie.

La tensión del grupo aumentaba al paso de los segundos. La atmósfera se melcochaba con el exhalar de los coribantes. Los vientos repelaban intrusos en sus circunvalencias huracanadas. Gotas trazaban límites. Pequeños ríos de barro se formaban a sus pies. Y ella se acercaba más y más hacia el demoniaco vórtice del organillero, quien la miraba con ojos traslúcidos y llenos de lujuria.

Silenciosos relámpagos iluminaban la oscuridad y la caja brillaba con más intensidad. Un extraño sonido rugía en su adentro imperceptible a todos menos el organillero, el mico y la muchacha. Con sonrisa de oreja a oreja, el organillero la saluda, dirigiéndola hacia el centro de la maquinaria.

Gradualmente, e imperceptible para la multitud, el organillo cambiaba de color. Poco a poco intensificaba su brillo emitiendo una luz en todas las direcciones, hasta dar con ella. En ese momento la luz la acechaba envolviéndola como un delicado capullo un una pálida brillantez. En el campo de luz que la rodeaba se podía percibir chispas eléctricas que bailaban sobre su cuerpo enfocándose sobre el corazón.

De repente, un fuerte destello brotó del organillo, cubriendo la multitud. En su centro, ella quedaba envuelta por traslúcidos trazos de colores que bailaban sobre su cuerpo. El organillo se confundía con el organillero y el mico.

Con igual prontitud, la brillantez se difuminó y la oscuridad reinaba sobre todos. De un incandescente poste emanaba una luz anaranjada que iluminaba débilmente las atontadas caras de la multitud. Nadie recordaba por qué estaban allí. Nadie entendía por qué sudaban de agotamiento en medio de tan fría noche.

En medio de la multitud, donde había estado el organillero con su máquina, el mico y la mujer, ahora sólo quedaba un espacio desolado, simétricamente circular y seco a pesar del constante lloviznar de la noche. Y en su eje tirado sobre los blanqueados adoquines de la calle, yace un cuerpo femenino, inmóvil, sereno en su fría desnudez, que bajo minucioso escrutinio le revelaba a todos los presentes un amplio hueco donde habitualmente uno encuentra el corazón.